



JAVIER OMS

Mentiras, insultos y 'mossos', así fue la huida a Bruselas de Puigdemont hace un año

El ya ex president sólo avisó a los consejeros cuando se encontraba en Francia

Los Mossos estudiaron usar un helicóptero para realizar detenciones en el Parlament

Un grupo de funcionarios del Palau de la Generalitat forma un pasillo en el Pati dels Tarongers, atravesado a diario por el president. Son las 8.30 del 30 de octubre de 2017, primer lunes laborable tras la declaración de independencia de Cataluña en el Parlament, tres días antes. **Los empleados esperan en formación a Carles Puigdemont para recibirle entre aplausos.** El jefe del ejecutivo, sin embargo, no aparece ni da señales. Sólo una, una fotografía en Instagram supuestamente tomada ese día desde el interior del Palau. Tampoco eso fue cierto. Los empleados, confusos, se disolvieron tras saber que el líder al que esperaban se encontraba desde hacía horas en Bélgica.

El fallido recibimiento con honores, recordado a este diario un año después por un alto cargo del anterior ejecutivo, resume la estrategia que siguió Puigdemont para alcanzar su «exilio». Mantuvo en la oscuridad a todo el mundo. Desde sus trabajadores a su gobierno en pleno, pasando por su partido y los Mossos d'Esquadra. Del plan, parte del cual fue improvisado la tarde anterior en su casa en Sant Julià de Ramis (Girona), sólo estaba enterado un sargento de su escolta, su esposa, Marcela Topor, y el empresario Josep Maria Jami Matamala. El resultado fueron escenas de desconcierto, a todos los niveles, durante todo el día.

El mismo día, a la misma hora, 8.30. Los ya ex consellers Jordi Turull y Raül Romeva esperan en Allium, un restaurante a pocos metros del Palau. Ahí se habían citado el día anterior con Puigdemont para acudir a trabajar, el primer día de la República. Algo que sabían inviable, más allá de la escenificación. Tras la declaración de independencia, el

Senado aprobó aplicar el artículo 155, cuya primera consecuencia fue la destitución de un Govern.

Una llamada a Turull del jefe de la oficina del president, Josep Rius, acabó con el espejismo de esa mañana. Puigdemont no acudiría a la cita. Las reacciones en el bar tras recibir la noticia divergeron. La de Romeva fue de «indignación», incluidas imprecaciones en voz alta. La de Turull, del mismo partido que Puigdemont, alcanzó otro nivel. Fuentes soberanistas la definen, bajo condición de anonimato, de rallana en la «histeria» y aproximada a la «crisis nerviosa». Un cuadro al que se sumó después Josep Rull, el único miembro del ejecutivo que acudió a su despacho en la consejería de Territorio. Se fotografió ante el ordenador, publicó la imagen en sus redes sociales y se fue.

Pese a lo atropellado del plan de Puigdemont, la opción de irse al extranjero ya había sido barajada entre los miembros del Govern. La idea se estudió en reuniones anteriores al 27 de octubre. También durante una cumbre celebrada el día 28 cerca de Perpignan (Francia). Uno de los últimos consellers en sumarse al Ejecutivo, cuatro meses antes, planteó en esos encuentros sus opciones predilectas. En concreto, **un país sudamericano sin acuerdo de extradición con España**, como recuerdan fuentes del ex Govern. El propio Puigdemont rechazó esa propuesta. Dos después se iría a Bélgica sin avisar antes a ninguno de ellos. El ya ex president sólo informó de su escapada a cinco miembros de su Govern cuando se encontraba en Francia. Fue a través de una llamada, la noche del domingo 29, a una masía en Vilaür, en el Alt Empordà (Girona). **Allí se encontraban Meritxell Borràs, Toni Comín, Joaquim Forn, Dolors Bassa y Meritxell Serret.** El president no habló directamente con ellos. Lo hizo con un intermediario. Los políticos habían abandonado sus teléfonos temporalmente por temor a seguimientos e intervenciones de la policía o el CNI. Ese aislamiento fue determinante en su reacción.

La llamada, hecha desde un área de servicio, generó una ola de nerviosismo. Según confirman fuentes soberanistas, los ex consellers que seguían en la montaña siguieron a ciegas las indicaciones de Puigdemont para que le acompañaran. **Al grito de «evacuación», subieron a toda velocidad a varios coches.** Sólo al llegar a Bruselas y recuperar sus teléfonos supieron que el president había ocultado su plan al resto del Govern. Y de forma más concreta al vicepresidente, Oriol Junqueras. Forn y Bassa acompañaron a Puigdemont en su primera rueda de prensa y regresaron a Barcelona. Con el paso de los días, también otros consellers hicieron un viaje de ida y vuelta.

Con su propio partido, que le esperaba para una reunión, el ex president fue aún menos detallista. El domingo avisó a la entonces presidenta de los neoconvergentes, Marta Pascal, de que llegaría tarde y pidió que empezaran sin él. **El PDeCAT se acabó**

enterando por la prensa de su fuga. Según relató El Periódico, Artur Mas reaccionó ante la cúpula del partido con un insulto explícito.

El president tampoco informó de sus planes a la cúpula de los Mossos, que tras el 155 ya había rebajado a la mitad su escolta. La policía catalana, de hecho, tenía todo preparado para detenerle a él y a todo su gobierno si lo ordenaban los jueces. Como documentó ante la Audiencia Nacional el mayor, Josep Lluís Trapero, puso a la policía catalana a disposición del Tribunal Superior de Justicia de Catalunya (TSJC) para ejecutar los arrestos.

Los Mossos contaban ya con una estrategia por si llegaba el momento. Trapero y cuatro de sus comisarios de mayor confianza se «repartieron» las eventuales detenciones de ex miembros del Govern, según fuentes de la entonces cúpula policial que piden el anonimato. También contemplaron «varios escenarios». **Entre ellos, el uso de uno de los dos helicópteros del cuerpo para aterrizar en el parque de la Ciutadella**, donde se encuentra el Parlament, por si miembros del Govern o el propio president se parapetaban y, como se preveía, la ANC y los CDR bloqueaban los accesos por tierra. Para hacerlo, los Mossos contaban con un antecedente paradójico. El helicóptero de los Mossos ya había aterrizado en la Ciutadella en 2011, aunque en aquella ocasión fue para que Artur Mas, entonces presidente, entrara en la Cámara para esquivar el asedio de los indignados. Esta vez su objetivo era sacar detenido al jefe del ejecutivo.

La salida de Puigdemont de territorio español se hizo, también, a espaldas de dos mossos a los que el escolta de su confianza implicó sin informales de nada, según explicaron días después a la División de Asuntos Internos (DAI). Les pidió su coche particular **para no despertar sospechas en la frontera con el coche oficial**, marca Skoda y de lunas tintadas.

El relato sobre cómo Puigdemont burló a los agentes que vigilaban su casa, cercana a la urbanización del Golf de Sant Julià de Ramis, es conocida. Se tumbó en el asiento trasero del coche oficial. A pocos kilómetros, político y escolta intercambiaron el vehículo con los otros dos mossos. Con ese coche, un todoterreno, ambos salieron de territorio español y sólo se detuvieron en dos ocasiones. La primera, en un área de servicio. La segunda, según la versión que trascendió, en Marsella **para tomar un avión con destino a Bruselas** tras lograr su objetivo de engañar a todo el mundo.